

El Papa defiende la saeta



En la audiencia que el Papa concedió el sábado a los obispos andaluces salió —¡no podía menos de salir!— uno de los grandes temas de la vida religiosa y humana de Andalucía: la relación entre la piedad popular y la evangelización en la fe. Y sobre él dijo Juan Pablo II palabras iluminadoras que bien vale la pena comentar.

El Papa tenía, sin duda, en cuenta el estupendo documento que sobre ello publicaron hace dos años los mismos obispos a los que hablaba. Porque el diagnóstico es idéntico. Ante la llamada «religiosidad popular», «piedad popular» o «religión sociológica del pueblo» se pueden tomar dos posturas extremas igualmente disparatadas: despreciarla y mitificarla. Y una postura sensata: valorar y purificarla.

Durante varias décadas en España se mitificó la religión popular: lo fundamental no parecía la fe y su profundidad, sino sus manifestaciones externas. Las procesiones parecían contar más que la conducta viva de los cristianos y más, incluso, que los sacramentos. Millares de españoles parecían contentarse con vestir un capuchón el Viernes Santo, cosa que les disculpaba para vivir pagamente los demás viernes del año y los otros seis días de cada semana. Lo importante no era participar activamente en misa, sino simplemente ir a ella. Y nunca se sabía muy

bien si quienes se casaban o quienes bautizaban a sus hijos lo hacían por exigencias sociales o porque tenían algún rabillo de la fe de su infancia.

Y de repente nos fuimos al otro extremo: los curas, justamente preocupados por la «calidad» de la fe, comenzaron a preguntarse si no perderíamos el tiempo con las concentraciones masivas, con los cultos externos en las calles, y empezaron a exigir seriedad de fe a los esposos en el matrimonio que contraían y compromiso serio en la educación cristiana futura de los niños que se llevaban a bautizar. Y en España, planteamientos tan lógicos y elementales rechinaron como una pedrada en las vidrieras de nuestra tradición religiosa. Y hasta surgieron no pequeños gritos de escándalo.

Lo más curioso del asunto es que en el mismo momento en que los curas comenzábamos a desconfiar de los actos masivos y los cultos callejeros descubrían ambas cosas los políticos que, insonscientemente, seguían en sus mítines, celebraciones y manifestaciones el mismo esquema de los tradicionales actos religiosos. Una celebración festiva del PCE o del PSOE terminaba por parecer una versión secularizada de la misa: con sus lecturas, sus cantos interleccionales, su homilía, la proclamación de su credo y su minibanquete final. Y las manifestaciones sustituían estandartes y santos por grandes fotos